

encendían más sus deseos y afectos de que ya fundase la Compañía en su ciudad y tuviese en ella propia morada de asiento.

Y digno es de juntar al caso que se ha contado, otro bien señalado, que aunque pasó años después, lo escribiremos aquí por ser confirmación del pasado, y sucedió en esta misma Provincia el año de 1596. Habiendo llegado nuestros Padres misioneros (de quienes hice mención larga en la Historia de los triunfos de la Fe) á la tierra de una nación bárbara de las muchas que se convirtieron, en un monte de esta tierra donde era adorado el demonio en ídolos que allí había, salían horrendos ahullidos y gemidos como de quien se quejaba y lamentaba, y tales, que causaban horror á los que los oían. Y declarando el demonio á un Indio familiar suyo la causa de sus gemidos y llanto, le dijo que era porque habían llegado aquellos Padres á su tierra, cuyo ejercicio no era otro que enseñar la doctrina cristiana, y esa era la causa de su tormento. De donde sacamos que lo que era alegría para los ángeles en México, eso mismo era en esta otra tierra tormento para los demonios. Y demás de eso hallamos confirmada la verdad de los frutos de la doctrina cristiana y ministerios que nuestros religiosos ejercitaban, y publicaba esa ciudad no sólo por los ángeles, sino por los mismos demonios, que aunque mal de su grado la confesaron. Y ejercitándose, pues, nuestros religiosos en estos ministerios mientras se hospedaban en el hospital, aguardaban que Nuestro Señor les dispusiese su casa y morada de asiento, como se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XV.

OFRÉCESELES SITIO Á LOS DE LA COMPAÑÍA
PARA SU MORADA, ADMÍTENLO Y DISPONEN EN ÉL SU POBRE CASA,
DONDE COMIENZAN Á EJERCITAR SUS MINISTERIOS.

Aunque nuestros religiosos ejercitaban (como se ha dicho) los ministerios propios de la Compañía en el hospital, pero no era con la comodidad de puesto que ellos piden y habían menester, y así deseaban, sin ser molestos, que se les ofreciese puesto acomodado para su morada y religiosa vivienda, y fué cosa particular y notada de los mismos Padres, que aunque la ciudad de México les mostraba tan grande amor y estimación como la que se ha dicho, con todo, no había quien saliese á ofrecer puesto ni comodidad alguna para dar principio á fundación ó propia morada de la Compañía, y ellos (como huéspedes pobres y nuevos en la tierra) no sabían el medio que debían tomar para disponerla; del que se valieron fué encomendar muy de veras á Nuestro Señor este intento, ofreciendo misas, oraciones y otros ejercicios espirituales, pidiendo se sirviese disponer de su mano este negocio. Y bien entendieron que la tardanza de los de la ciudad en acomodarlos, la ordenaba Dios para que pusieran toda su confianza en el Señor que los había traído de España á las Indias y que no les

faltaría su Divina Providencia, como muy presto se vió y sucedió de esta suerte.

En el capítulo quinto pasado se dijo cómo un caballero muy noble de México, llamado Alonso de Villaseca (de quien será forzoso, por muchos títulos, hacer honorífica mención en varias partes de esta historia), hizo diligencias en España para que nuestros religiosos viniesen á su costa y expensas á México, y no lo consiguió porque la Majestad del Rey Felipe II lo había ya mandado, ordenado y dispuesto. Pues el noble caballero, acordándose de sus antiguos deseos y viendo que ya los de la Compañía estaban en México y desacomodados de vivienda, hallándose indispuesto y enviando á los nuestros, que estaban en el hospital, cien pesos de limosna (que fué la primera que recibieron en dinero), pidió que le fuese á ver el Padre Provincial Pedro Sánchez; fué á visitarlo, y díjole que lo que quería tratar y comunicar con su Reverencia, era que en México, cerca de sus casas principales, tenía unos solares, que aunque casi estaban despoblados, pero que si eran á propósito para los nuestros los donaba desde luego, y que se pasasen á ellos. No fué más que ésta la oferta presente, sin tratar aquí de fundación ni de otra ayuda ó socorro, pero éste fué principio de las grandes liberalidades y caridades que con el tiempo nos fué haciendo este caballero, y de que jamás tendrá olvido nuestra Compañía. El Padre Provincial, aunque entendió que el puesto de los solares estaba muy poco acomodado y corto de vivienda, pero no ofreciéndosele otra de presente, y por no parecer desagradecido á persona que había mostrado tanto afecto á la Compañía, aceptó la oferta confiando en Dios que les ayudaría para poder edificar algún género de religiosa morada y vivienda, porque el solar estaba entonces casi desierto, y es el mismo en que hoy está el grande Colegio de México, que para tanta gloria de Dios y bien del Reino (como adelante se verá) está fundado. Que bien supo Dios echar los fundamentos de su Iglesia santa en el portalico de Belén, y bien parecido le era el solar que en esta ocasión á la Compañía de Jesús se le ofreció, porque no había en él más de una casa pobre, corta y desabrigada, con unos patios donde paraban carros de las haciendas del caballero que la donó. El día siguiente á la oferta, se pasaron los nuestros del hospital á este puesto en secreto, por excusar pleitos del privilegio de las cannas que tienen las sagradas Religiones mendicantes, y con todo, hubo alguna contradicción de parte de la más cercana, la cual se compuso presentando los nuestros el privilegio que también tiene la Compañía de estar exenta de las cannas que guardan las demás Religiones, por razón de no llevar la nuestra pitanza de misas ni derechos de entierros que pueden estorbar los derechos que santamente, según su instituto, gozan las demás sagradas Religiones. Y así nuestros Padres, habiéndose pasado á su pobre solar, en el lugar más decente que hallaron en él compusieron un altar con los pobres ornamentos que habían traído en la navegación, y tan pobres que el cáliz era de estaño, y de ese precio era lo demás. Díjose muy temprano la primera misa, tocando una campana prestada, con que quedó tomada la posesión de lugar y puesto, donde tan grandes ministerios se habían de ejercitar, como los que hasta el día de hoy se ejercitan para bien de innumerables almas que en este santo Colegio se han criado, y en virtud y letras se han doctrinado. Acudió luego mucha gente noble de la ciudad y del

pueblo á la nueva, aunque pobre iglesia, y un caballero del hábito de Santiago, Regidor de México, cuyo nombre por el agradecimiento que le es debido es bien se escriba aquí, y se llamaba D. Luis de Castilla, viendo la pobreza de nuestro oratorio, envió luego por todo de otro que él tenía muy compuesto en su casa; frontal, casulla, cáliz y vinageras de plata. Lo mismo hicieron otros caballeros y señoras principales, enviando ornamentos de altar, manteles, paliás y paños muy ricos para el culto divino.

La vivienda y morada de los religiosos estaba tan pobre y estrecha, que en unos aposentillos que hallaron en la casa, vivieron de cuatro en cuatro, aunque muy contentos y llenos de gozo con su pobreza. Acomodaron como pudieron algún género de clausura en la casa y oficinas de ella, con una cerca de adobes y barro; el sustento de los nuestros era de limosnas que de su voluntad enviaban personas devotas, en que se esmeró el Lic. Jerónimo de Loza, cura de la Catedral, persona muy señalada en caridad con los pobres, porque de su hacienda propia y de lo que otros le daban, les repartía cada año de catorce á diez y seis mil pesos de plata, y este señalado varón es el que escribió la vida y acompañó después en la ermita, que habitaba el gran siervo de Dios, Gregorio López, tan celebrado como se sabe, en la Nueva España. La caridad, pues, del Lic. Loza, socorría á nuestros religiosos con ordinarias limosnas, y del convento de las religiosas de la Concepción, de grande observancia, que entonces era único en esta ciudad y abundante en lo temporal, sustentaban de pan y carne todas las semanas á los nuestros, y otros hacían lo mismo, con que nuestros religiosos pasaban con alguna comodidad por este tiempo. Porque la fundación del Colegio fué año de 1576, después que llegó la Compañía á esta ciudad de México, aunque nuestro muy noble fundador Alonso de Villaseca, antes de dar á su tiempo su fundación, socorría á los nuestros con algunas limosnas, para ir acomodando la estrechura de la casa, y la visitaba no pocos veces, y con disimulación iba comprando algunas partes de solares despoblados, contiguos con los que nos había dado, pero no declaraba su voluntad de ser fundador de la Compañía, ni aun daba muestras de voluntad de que se le hablara de esta materia. Es estilo de la Providencia Divina ir disponiendo sus obras para el tiempo que sabe que es más oportuno. En esta pobreza de casa y sustento pasaron los nuestros algunos años, y con la comodidad que podían, acudían á sus ministerios. Y por ser muy corta y estrecha nuestra Iglesia, cuando llegó el día de la Circuncisión del Señor y nombre de Jesús (fiesta principal y propia de su Compañía), en esta ocasión, y el año de 1573, la esclarecida Religión de Santo Domingo, y su insigne y real Convento, que era el más vecino; con su R. P. Prior, el maestro Fray Pedro de Parabia, convidó á los nuestros, para que en su casa y Templo (que es muy capaz y hermoso) celebrásemos nuestra fiesta, dando á los nuestros este día su Altar y Pulpito, con grandes muestras de amor y benevolencia, la cual siempre ha conservado este religiosísimo Convento. Dijo la Misa el P. Provincial Pedro Sánchez, predicó el P. Diego López; fué muy célebre este día, y aunque en él por la mañana celebraban los Padres de Santo Domingo la fiesta del Santísimo nombre de Jesús, pero por dar lugar á que la Compañía celebrase este título glorioso, y propio nombre, mudaron su fiesta á la tarde, en que una ilus-

tre Cofradía que está aquí fundada, da los dotes, y saca en procesión buen número de doncellas huérfanas para ponerlas en el estado santo del matrimonio. Y no debo de dejar de añadir aquí otro favor que de la Sagrada familia de Santo Domingo recibieron por este mismo tiempo los nuestros, porque como aún no habían abierto las Escuelas, ni estudios, por no tener comodidad de casa para ello, y algunos de nuestros Hermanos teólogos no habían acabado sus cursos, estos iban á oír sus lecciones á Santo Domingo, cuyos Padres Lectores les hacían tanto favor y honra, que les encomendaban actos públicos y conclusiones que defendiesen, y en que se ejercitasen, y así con razón los reconocemos por nuestros Maestros.

La Iglesia que los nuestros tenían, no era más que un pequeño oratorio interior donde decían Misa, en el cual no había lugar para el ministerio de la predicación; pero como comenzaron á ejercitarla en otras Iglesias, porque los señores Dean y Cabildo quisieron honrar á la Compañía y que entrase en los sermones de tabla de la Iglesia mayor esta cuaresma, con las demás sagradas Religiones. Mas excusáronse los nuestros por no estorbar el lugar y sermones que ya tenían entablados sus Religiosos; pero cuando llegó la Semana Santa y había ya cesado la tabla, todos los que en ese tiempo santo se suelen predicar, los dió la Catedral al Padre Provincial Doctor Pedro Sánchez, de cuyo talento y doctrina quedó tan pagado y aficionado el auditorio, que de allí en adelante el día que predicaba eran grandes los concursos, y los señores Prebendados quedaron tan contentos con la doctrina del P. Pedro Sánchez, que por muchos años después le encomendaron los sermones del Domingo de Ramos y Mandato, que son los principales de la Cuaresma. De los demás Padres predicó el Padre Rector Diego López esta misma Cuaresma, los miércoles en la Iglesia del Colegio de las Niñas; los viernes en el Hospital del Nombre de Dios, que como dijimos pertenece á la Iglesia mayor, y los domingos en el Hospital de Nuestra Señora, y en todas partes con tan grandes concursos y aplausos, que no cabía la gente en la Iglesia ni patios. Los Padres Maestros Pedro Díaz y Hernando de la Concha predicaron en las Parroquias y Monasterios de monjas, donde fueron llamados como predicadores de tanto espíritu y doctrina fervorosa y santa, á la cual cada día se iba aficionando más la muy noble ciudad de México.

CAPITULO XVI.

TRATAN DE EDIFICAR PROPIA IGLESIA LOS DE LA COMPAÑÍA;
LÁBRANLA DE SU VOLUNTAD LOS INDIOS DE TACUBA,
Y DEDÍCASE CON GRANDE SOLEMNIDAD.

Mucha falta hacía para sus ministerios á los nuestros el no tener Iglesia propia donde ejercitarlos, y por otra parte no tenían posibilidades para edificarla ni salía alguno á hacer este gasto, porque aunque á los nuestros se les hacían algunas limosnas, esas eran necesarias

para el sustento ordinario y no alcanzaban á más. Pero el Señor, que siempre ha tenido providencia muy de Padre con su Compañía, no le faltó en esta ocasión, porque movió el ánimo de un indio principal cacique del grande pueblo de Tacuba, una lengua distante de México, para que él y toda su gente, de su voluntad, se ofreciesen á dedicarnos Iglesia capaz que por algunos años pudiese servir para muchos ministerios, hasta que de propósito se pudiese edificar templo de dura. Vino el dicho cacique llamado Don Antonio, acompañado de su gente, á ver á nuestros Padres, diciendo que sus antepasados, en reconocimiento de que Dios les hubiese traído Predicadores de su santa fe, habían hecho la primera Iglesia que servía de Catedral en esta ciudad, y ellos querían imitarlos, y se ofrecían á hacer de su voluntad y sin otra paga más que la del Cielo, la primera Iglesia de la Compañía en este reino. El Padre Provincial aceptó y agradeció la oferta, como movida y venida de la mano de Dios; pusieron luego sin dilación los buenos Indios manos á la obra, con tanto gusto y alegría, que acudían tres mil de ellos á la obra, porque en aquel tiempo era grande el número de vecinos del pueblo de Tacuba. Y lo primero juntaron grande material de madera y piedra, abrieron cimientos para una Iglesia de tres naves, de casi ciento y cincuenta pies en cuadro, levantaron paredes, cubrieron y acabaron con perfección un templo, que aunque su cubierta era de paja, pero con tanta curiosidad (al modo que en esta tierra antiguamente se usaba), que era tan vistoso y hermoso como otras Iglesias de materiales de más precio, y pudo durar por muchos años hasta que se fabricó el suntuoso de bóvedas y cantería que al presente tiene el Colegio Mexicano, y se dieron tanta prisa los indios en esta obra, que en solo tres meses la pusieron en perfección, y por estar cubierta de paja se llamó en lengua mexicana Jacal, y no perdió por este humilde nombre y pobre cubierta de paja, porque fué célebre en aquel tiempo, y tan grandemente frecuentado de la ciudad de México, que hasta hoy dura la memoria de aquella Iglesia de Jacal. En cuyo lugar está hoy edificada la que es del Seminario de San Gregorio, y está dedicada para los ministerios de los indios naturales, que con grandes concursos y devoción la frecuentan.

Y no dejaré de escribir aquí, que cuando vieron algunas personas principales de México que ya la Compañía había hecho asiento en este lugar, declararon los pensamientos y deseos que tenían de encargarse de su fundación, aunque tarde. El primero fué el mismo señor Virrey D. Martín Enriquez, que estaba determinado de encargarse de ella, y tuvo ya sitio elegido, aventajado y muy cercano á la Universidad para el colegio de México. Pero pareció que ya la Compañía estaba prendada del muy noble liberal caballero Alonso de Villaseca, cuyas limosnas y buenas obras (aunque no había declarado su intento de ser fundador nuestro) daban esperanzas y muestras de serlo. La segunda persona que se declaró en favorecer á la Compañía fué una dignidad de la Santa Iglesia Catedral, llamado Francisco Rodríguez Santos, y Tesorero de ella, venerable por sus canas y más por sus grandes virtudes, el cual, viniendo á nuestra casa y puesto de rodillas con muchas lágrimas de su devoción, ofreció su persona, su hacienda y sus casas á la Compañía, haciendo tal instancia, que decía no se levantaría de allí hasta que fuese admitida su petición y fuese recibido en ella, á lo cual tampoco dió lugar el estar prendados del

muy noble Alonso de Villaseca, y para no ser recibido, su muy adelantada edad, porque era de muchos años. Y aunque esta muestra de voluntades de personas tan principales no tuvo efecto, no quise dejar de hacer aquí mención de ellas por muestra de agradecimiento, añadiendo que el deseo del Tesorero de la Santa Iglesia, ya que no tuvo su empleo en la Compañía, lo tuvo muy piadoso y santo en fundar en sus mismas casas un colegio muy edificado (del cual dije escribiendo de la ciudad insigne de México) que tomando el nombre de su fundador se llamó de Santos, en donde han salido sujetos de muy buenas letras. La voluntad del Virrey tuvo su empleo en ayudar con limosnas á los de la Compañía y favorecerla en cuanto había menester, mientras gobernó la Nueva España; y después, pasando á gobernar el Perú, fundó en Lima el insigne Seminario de San Martín, que está á cargo de la Compañía.

Edificada nuestra Iglesia, los señores Dean y Cabildo de la Catedral (que como queda dicho estaba en Sede vacante), quisieron honrarnos y celebrar su dedicación y colocación del Santísimo Sacramento con solemnísima fiesta, dispusieronla para el Domingo de Cuasimodo de este año de 1573, y como seis meses después que los de la Compañía habían llegado á México. Ordenaron que se hiciese una pública procesión con grande solemnidad y pompa, y con ella se trajese de la Iglesia Mayor el Santísimo Sacramento á nuestra Iglesia, como se hizo. Concurrieron las Sagradas Religiones, las Parroquias con sus cruces, y todas las Cofradías de los pueblos circunvecinos con sus insignias con grande aparato y acompañamiento, asistiendo á la fiesta el Virrey y la Real Audiencia. Predicó este día el M. R. P. Fray Diego de Salazar, de la Religión de nuestro Padre Santo Domingo, que después fué Arzobispo dignísimo de Manila en Filipinas, haciendo en su sermón grandes favores y honras á la Compañía. El altar también se dió á esta sagrada Religión, como ella lo había hecho el día de la Circuncisión con la nuestra, con que la fiesta de este día fué alegrísima y solemnísima, así para la ciudad de México como para la Compañía de Jesús, que ya tenía morada, aunque pobre, con Iglesia donde para mucha gloria de Nuestro Señor y bien espiritual de las almas (como presto veremos), podían ejercitar sus santos ministerios. Y porque la fiesta aun en lo temporal fuese cumplida este día, los señores así del Cabildo eclesiástico como los religiosos de las otras Ordenes, con la gente principal de la ciudad, siendo convidados, quisieron honrar nuestro refectorio. Encargóse del convite un principal Regidor de la ciudad llamado Luis de Araoz, que con grande largueza y liberalidad lo hizo, y no sólo mostrándola en esto, sino que la extendió al culto divino y este mismo día vistió nuestro altar de una rica tela de oro y carmesí, á quien imitaron otras piadosas personas. Una envió un muy lucido tabernáculo que servía de retablo; otra, una custodia rica de plata, adornada de piedras de valor en que se colocase el Santísimo Sacramento. De todo lo cual se congratulaba y daba parabienes la muy noble ciudad de México, que veía cumplidos sus deseos de tener ya consigo de asiento á la Compañía de Jesús, de la cual conocía que cuanto ella tiene con sus hijos, está dedicado al bien público y aprovechamiento espiritual de las repúblicas y puestos donde habitan, como obligación propia de su instituto, para que Dios la trajó al mundo. Lo cual los Sumos Pontífices han testificado en sus Apostólicas

Bulas, cuyas palabras no es fuera de propósito que yo aquí las ponga, escribiendo historia de la misma Compañía y siendo palabras de los que son Vicarios de Cristo en la tierra, cuyas disposiciones se aprueban y confirman en los mismos cielos.

Y porque en el capítulo tercero escribí lo que á este propósito dijo el Sumo Pontífice Paulo III, en cuyo tiempo fué la primera confirmación de la Compañía, me contentaré con poner aquí las palabras del santísimo Pontífice Gregorio XIII, que teniendo ya noticias ciertas de los frutos que donde quiera que entraba fundando esta sagrada religión, de sus ministerios se seguían, dice las palabras que yo aquí pondré en romance, porque todos las puedan leer y entender, sacadas puntualmente de una Bula que comienza *Salvatori Domini Nostrí*, expedida año de 1576, y sólo 4 años después que la Compañía vino á esta Nueva España, y dice así: «Los queridos hijos Presbíteros de la «venerable Compañía de Jesús, en la Viña del Señor, como plantas «fructíferas en casi todo el Orbe, en contener en la observancia de los «mandamientos de Cristo á los fieles, en confirmar á los flacos, en la «fe, en sanar á los enfermos en el espíritu, en aligar las llagas de los «heridos, en reducir á los descaminados, y recoger y defender las ove- «jas que estaban expuestas á la rabia de los lobos vespertinos y ca- «chorros hambrientos de los leones, como también en convertir á los «que andan fuera del rebaño de Cristo y de la tutela de su sacrosanto «imperio, sujetos al yugo y tinieblas de la ignorancia en lugares tene- «brosos, faltos de luz, por caminos difíciles y ásperos, extendiéndose «la doctrina de los dichos Padres de la Compañía, no sólo á las na- «ciones enseñadas y doctrinadas en la fe católica, sino también á las «cruels y bárbaras, ignorantes de culto divino y trato político y hu- «mano, y que más parecían en sus costumbres, fieras que hombres, «trayendo los dichos religiosos á la Iglesia copiosísimos frutos, y no «cesando de aumentarlos cada día con mayor solícitud, arrancando la «zizaña, plantando buena semilla en el campo de la Iglesia sin cesar.» Hasta aquí el Sumo Pontífice y Vicario de Cristo, publicando en su Apostólica Bula los ministerios en que los hijos de la Compañía se ocupan y emplean donde quiera que se hallan, y los frutos que en la Iglesia se cogen de sus trabajos y que por la misericordia de Dios ha experimentado la ciudad de México y su Reino, desde el punto que á él llegó la Compañía, y de que con razón se daban parabienes sus ciudadanos de verla ya en su tierra de asiento. Todo lo cual he querido referir aquí, porque también pienso que en escribirlo, hago memoria de obligaciones que tenemos los hijos de la Compañía, de emplearnos siempre en la ayuda de las almas.

CAPITULO XVIII.

PIDEN SER RECIBIDOS EN LA COMPAÑÍA
ALGUNOS SEÑALADOS SUJETOS Y SON ADMITIDOS EN ELLA,
EN QUE DIERON GRANDES EJEMPLOS DE RELIGIÓN.

La grande edificación que con sus virtudes y ejercicio de su santo ministerio daban los de la Compañía en la ciudad de México, movió los ánimos de muchos sujetos que aficionados á tal instituto de vida y ejemplos de virtudes que veían en los Padres, pidiesen con instancia ser admitidos en ella. Y aunque era así que la cortedad de casa y vivienda que tenían los nuestros, no daba lugar á que fuesen admitidos todos los que la pedían, pero la grande instancia que hacían, obligó á recibir algunos. Y por haber sido estos los primeros sujetos con que quiso Nuestro Señor plantar y aumentar esta nueva Provincia, y porque en ella dieron grandes ejemplos de religión, es debido el hacer aquí memoria de ellos. El primero, fué un venerable sacerdote, cura y Beneficiado de una Parroquia principal de Santa Catarina Mártir en la ciudad de México, y que había tenido dichos beneficios en el Arzobispado, casi desde los principios en que se ganó por los Españoles la tierra, y había bautizado en dichos beneficios más de quince mil gentiles. Y fué muy digno de notar y muestra de grande humildad y edificación, lo que sucedió cuando entró en la Compañía una persona tan honrada y conocida en México, porque aunque cuando fué recibido en ella, se entendió que habiendo ejercitado el oficio de cura en una Parroquia tan principal, tendría letras suficientes para emplearse en los ministerios que usa la Compañía, pero echóse de ver presto que no tenía suficiencia ni aun para ocuparse en un confesionario de gente ordinaria que no trae á la confesión casos dificultosos. Y se debe notar aquí que no hay que espantarse, que en aquellos tiempos y en tierra tan nueva y remota como era la de las Indias, no hubiese muchos sacerdotes seculares de letras que se pudiesen encargar de beneficios curados, pues aun en otras partes de Europa y antes que para beneficio universal de la Iglesia, abriese tantas escuelas de letras la Compañía, es bien notorio cuánta falta había de ellas y cuánta era la ignorancia en muchas ciudades y lugares, que no tenían recurso á las Universidades para aprenderlas. Viniendo, pues, á nuestro sacerdote novicio y habiendo reparado los Superiores la grande falta de ciencia y doctrina que en él había, y que ya no estaba en edad para aprender, la que han menester los sacerdotes de la Compañía para sus ministerios, siendo todavía novicio, trataron de despedirle de ella. Aquí fué donde mostró su grande humildad un sacerdote beneficiado tan honrado en puesto de cura, y conocido en la ciudad de México; porque puesto en este conflicto, estuvo en su vocación tan constante, que se resolvió en que no había de salir de la religión, ofreciéndose á servir toda su vida en los oficios más humildes en que le quisiesen emplear en ella, con tal que la Compañía no le despidiese. Dióse parte del caso á N. P. General, que teniendo noticia de la mucha virtud y

las otras calidades del sujeto, y que había ya 4 años que perseveraba en el noviciado esperando ser recibido, dispensó con él para que hiciese los votos, que á los 2 años suelen hacer los demás novicios, con que quedó incorporado y verdadero religioso de la Compañía; vivió otros 4 años en ella después de sus votos, contentándose con decir Misa y ejercitándose con grande alegría en acompañar á los otros Padres cuando iban á los ministerios, y en otros oficios más humildes en una ciudad, donde era tan honrado y estimado como se ha dicho. Y pasados los 8 años, después de ser admitido en la Compañía se lo llevó Nuestro Señor á darle el premio de su grande humildad, la cual era tanta, que se ocupó algún tiempo en acompañar á un Hermano coadjutor temporal, que fué al Monte de Chalco á cortar maderas para el edificio de nuestra casa. En cumplimiento de esta santa obediencia vivía con grande alegría en ese tiempo en el Monte con grande frío y pobreza, y falta de sustento, el que tenía mucho regalo en su casa, cuando estaba en el siglo; y después en la religión estaba con tanto gusto y gozo de su alma, que despertando largos ratos de noche, los gastaba en alabanzas divinas que se le oían, porque le había traído Dios á la Compañía: su nombre fué Bartolomé de Saldaña, natural de Sevilla, y fué de los primeros que pasaron á poblar la Nueva España para pasarse de ella al cielo.

El segundo sujeto que en ella fué recibido en la Compañía, fué un Racionero Prebendado de la Catedral de México, y Secretario de su Cabildo, llamado Juan de Tovar; persona de aventajados talentos, en particular, en saber con singular eminencia la lengua mexicana, y la más elegante y cortesana que usan los Indios más principales de la nación, en la cual predicó muchos años con general aplauso de toda la nación, y con sus sermones hizo grande fruto, y de sus virtudes y empleos santos habrá bien que decir adelante. El tercero que con grandes impulsos que le daba Nuestro Señor, pidió la Compañía y fué recibido en ella, fué el P. Alonso Fernández de Segura, natural de Segura de la Sierra en España; persona de letras graduado en cánones, y que había sido Visitador y Provisor en el Arzobispado de México, y actualmente era Cura y Vicario del Partido de Ixtlahuaca, que es de los principales beneficios del Arzobispado, ofreció á la Compañía su persona con cuanto tenía, y aunque se dificultaba su recibo, lo uno por ser adelantado en edad, lo otro por ser persona de corta salud en que padecía algunos achaques; pero todo lo venció su perseverancia é instancia para ser recibido, y mostró Nuestro Señor que su entrada en la Religión le había sido grata, y había de ser de mucho servicio á su Majestad, porque en ella le dió fuerzas y muy entera salud para trabajar incansablemente, como lo hizo, y con grande fervor y celo de las almas por tiempo de 14 años, predicando y confesando así Españoles como Indios, porque sabía su lengua, y dentro de la Religión dió grandes ejemplos en mortificaciones y penitencias, de suerte que habían menester moderarlo en ellas los superiores. Fué después Rector del Colegio que se fundó en Oaxaca, y últimamente murió en el de la Puebla de los Angeles con opinión de santo.

Favores eran todos estos que Nuestro Señor hacía á su Compañía, que en estos principios tenía poco número de sujetos ya hechos para acudir á los muchos ministerios en que se empleaban. Y no pararon

aquí ni se contentó Nuestro Señor con traerle los que podían ayudar de presente ó en muy breve tiempo, como lo pudieron hacer los pasados, sino que despertó los deseos (en este mismo tiempo) de otros ocho nobles mancebos de buenas esperanzas para que pudiesen ser recibidos en la Compañía y la pudiesen ayudar adelante. De estos fué el primero y muy señalado recibo de D. Bernardino de Albornoz, hijo único de persona muy principal y estimada en la república, siendo su padre Oficial de la Caja Real, Alcaide de las Atarazanas y Regidor de México, llamado Rodrigo de Albornoz; persona de grande cristiandad y ejemplo. Mostrólo muy bien en que sabiendo que el hijo único que tenía, heredero de su casa, honra y hacienda, deseaba mucho entrar en nuestra Compañía, no sólo no lo estorbó, sino que él mismo en persona le trajo á nuestra casa, y para muestra de la liberalidad con que hacía á Dios esta oferta, quiso que el Sr. D. Pedro Moya de Contreras (que siendo Inquisidor acababa de recibir las Bulas de Arzobispo de México), entregase de su mano á la Compañía el único hijo que Dios le había dado, y como el Ilustrísimo Prelado amaba tanto á la Compañía, admitió el convite: fué con el Regidor y su hijo á nuestra Casa, diciendo su Ilustrísima que iba lo primero á dar gracias á Dios Nuestro Señor por haberle traído las Bulas Pontificias de su dignidad, y á pedir á los nuestros la ayuda de sus sacrificios y oraciones para ejercitar con acierto el oficio de Prelado y Pastor de la Iglesia que Dios le había encomendado (ejercitólo santísimamente, como adelante veremos), y diciendo juntamente que de nuevo se ofrecía para ayudar á la Compañía con su prelación en todo cuanto pudiese (como también lo cumplió), y que en señal de este su amor y estimación que hacía de ella, les traía á D. Bernardino de Albornoz, con mucho gusto suyo y de su padre, el cual con grande prontitud ofrecía á Dios un hijo en quien tenía puestas las esperanzas de su casa, nobleza y acrecentamientos, y la presea de mayor estima que había tenido en su vida. Fué recibo éste que se celebró con grande concurso y solemnidad en nuestra Iglesia, porque aunque no es usada en la Compañía esa solemnidad pública, esta vez por la autoridad de las personas que concurrieron y edificación que causó en la ciudad ver entrar un mancebo de tantas esperanzas en una Religión que apenas tenía casa en que vivir, por esta razón se hubo de hacer este recibo con más publicidad que la ordinaria en nuestra Iglesia. Hizo en ella una excelente plática el Padre Provincial Pedro Sánchez, acomodando al propósito la oferta del Patriarca Abraham, que se dispuso y determinó de sacrificar al único hijo que tenía con las esperanzas que de él Dios le había dado.

Logróse muy bien la entrada en la Compañía de este sujeto, porque vivió 42 años en ella con grande ejemplo de Religión y tan agradecido á Nuestro Señor por el beneficio que le había hecho de traerlo á la Compañía, que cuando ya fué sacerdote, todas cuantas Misas podía las aplicaba y ofrecía en agradecimiento de este singular beneficio y de haberle sacado del mundo y de los lazos y peligros de él. Tan lejos estuvo el noble mancebo de arrepentirse por haber renunciado el regalo y abundancia en que se había creado y las esperanzas que podía tener de valor, y alcanzar las honras y puestos en el mundo que le podían prometer su nobleza y méritos de su padre. Todo lo holló y puso bajo de los pies, y dándose tan de veras al ejercicio de

todas las virtudes los 42 años que en la Compañía vivió, que después de haber pasado sus estudios los empleó, no sólo en su propio aprovechamiento y perfección religiosa, sino también (conforme á su regla) en el celo y aprovechamiento de sus prójimos con grande fervor de espíritu. Y para que fuera más general y amplio, aprendió las lenguas mexicana y otomí (que es la más dificultosa de los Indios), y en una y otra les predicaba con tal eficacia y dulzura que les ganaba los corazones, y lo mismo era predicando y tratando con los Españoles. Y aunque los postreros años de su vida lo ejerció Nuestro Señor con continuas enfermedades y achaques, que fueron en él un continuo ejercicio de paciencia, esos los llevaba con tal alegría y sufrimiento, que hacía suaves con sus palabras y ejemplo los que otros padecían. Y lo que causaba admiración y edificación en este bendito Padre, era que con padecer tantos achaques, y que á veces le apretaban, de suerte que le ponían en el último trance, nunca dejaba de acudir y ayudar á los prójimos en cuanto podía, ó en el confesonario ó en la Iglesia donde de ordinario lo hallaban en oración, en que le oían coloquios tiernísimos con el Santísimo Sacramento, en que tenía librado el alivio y consuelo de sus males, hasta que fué Nuestro Señor servido de llevarle para sí y darle el premio de sus trabajos el año de 1615, y habemos juntado aquí el principio y fin de su religiosa vida, porque se conozca el buen logro que tuvo el recibo de sujeto que fué de los primeros con que quiso Nuestro Señor aumentar el corto número de los que al principio tenía esta Provincia.

Porque demás de éste fueron recibidos en este tiempo otros siete mancebos estudiantes de lo más noble del Reino, que después fueron insignes obreros en la viña del Señor, á que se añadieron otros recibos de ciudadanos honrados que se aficionaron á entrar en la Compañía para Hermanos coadjutores, y ayudar en lo temporal y doméstico de la casa, y de todos fué Maestro de novicios el que lo había sido en letras, P. Pedro Díaz, que con el grande espíritu y dón de oración de que era dotado, los sacó muy aventajados en todas las virtudes, en particular en el ejercicio de la mortificación, de manera que causaba admiración ver á los que había conocido la ciudad ricos, regalados y servidos, ya con la mudanza de estado y movidos de fervor, buscando mortificaciones para hollar el mundo, su honra y pompa vana, saliendo algunas veces en cuerpo pobrísimamente vestidos y con algunas cargas por las calles y plazas de la ciudad para su mayor humillación.

CAPITULO XXI.

ABRE LA COMPAÑÍA ESCUELAS PÚBLICAS
DE ESTUDIOS MENORES DE GRAMÁTICA EN LA CIUDAD DE MÉXICO,
Á QUE SE HALLA PRESENTE EL EXCELENTÍSIMO VIRREY
D. MARTÍN ENRÍQUEZ CON LA REAL AUDIENCIA.

Mucho me pudiera alargar en esta materia y escribir acerca de este intento, pero por ser general y que pertenece á todas las Pro-

vincias que en la Iglesia Católica y en todo el mundo tiene fundadas la Compañía, vendré en particular á la nuestra y á la historia que escribo de la Nueva España, y referiré las particulares razones que hubo cuando los nuestros llegaron á ella, para asentar este ministerio santo de la crianza y enseñanza de la juventud. Y sea la primera, la que concurre en la muy noble juventud mexicana, que tiene muy merecidos los encomios y alabanzas, que yo como testigo de vista de muchos años puedo escribir y publicar de ella. Porque es muy florida en habilidades é ingenios, á que se allega ser el natural y docilidad muy noble. Y cuanto estas calidades eran y son más relevantes y de mayor estima, tanto mayor lástima y sentimiento causaba á la nobilísima ciudad de México, el no tener en aquel tiempo quien se encargase de su cultura y crianza, para que no se malograsen esperanzas de tan lucidas habilidades y sujetos. Corrían riesgo en este tiempo de perderse tales ingenios por razón de la grande riqueza y prosperidad de tierra tan abundante de regalos y plata; aquellos los entretenían, la plata los acariciaba, la ociosidad con todos los vicios que la acompañan, tenían lugar de hacer suerte en ánimos juveniles. Porque como en aquel tiempo era casi infinito el número de Indios que en México había, ellos andaban y acudían á todos los ministerios de trabajo, y por otra parte, á la juventud española le faltaba la ocupación más noble y necesaria, que era aprender letras y con ellas virtudes cristianas. Porque las sagradas Religiones que había en la Nueva España, estaban santísimamente ocupadas en la doctrina de una inmensidad de nuevos cristianos é hijos que en Cristo habían engendrado. Y aunque en la Universidad, que ya estaba fundada, había un Preceptor de gramática, pero éste no era suficiente para enseñar con la exactitud y distribución de clases y grados que pedía una tan copiosa juventud como la mexicana, que pedía el cuidado de muchos maestros juntos.

Este era el estado en que halló la Compañía á la muy noble juventud de México, cuando llegó á la Nueva España. Y el intento principal que había tenido el Excelentísimo Virrey D. Martín Enríquez, que la gobernaba, y juntamente la misma ciudad para suplicar á la Majestad de Felipe II, mandase que la Compañía viniese á este Reino, fué para que abriese Escuelas de letras y virtud, donde la juventud fuese doctrinada, y así deseaban por extremo ver puesto en ejecución este intento. El Padre Provincial se detenía en su ejecución: lo uno, porque le había dado un prudentísimo orden N. P. General San Francisco de Borja, de que no abriese Escuelas públicas hasta que pasasen dos años, y en ellos se tomasen noticias convenientes para más acertadamente dar principio á esta obra y empresa. Lo otro, porque la vivienda libre y corta, que por este tiempo tenían los nuestros, no era capaz ni cómoda para ejecutarla. Pero al fin pasados los dos años y llegando el de 1574, para grande gloria de Nuestro Señor y felicísimos frutos del bien de innumerables almas (como se irá viendo en la historia), se abrieron los deseados estudios de la Compañía de Jesús en la insigne ciudad mexicana, principio de prosperísimos frutos por todo el Reino. Celebróse este día, como tan deseado, con singular aplauso. Dióse principio con una elegante oración, que hizo uno de los nuestros, á que quiso el mismo Virrey hallarse presente, con la Real Audiencia, todas las sagradas Religiones y la ciudad con su Regimiento. Costumbre que quedó entablada y se observa hasta el tiempo